

**Por Marcos Buvinic***

La pesadilla que han tenido que vivir los habitantes de Osorno es algo por lo cual nadie quisiera pasar. Al momento de escribir esta columna ya llevan ocho días sin agua y... ¡todavía no hay solución! Imagínese usted, es una ciudad de tamaño similar a Punta Arenas ¡imagínese cómo estaríamos! Quisiera invitarles a reflexionar sobre el agua como bien común y la absurda privatización de este bien de todos.

El agua es un bien natural insustituible, pero en la sociedad que vivimos se nos impone una cultura mercantilista; es decir, una manera de vivir, de pensar, de relacionarnos y de organizar los intercambios, en la que todo se transforma en mercancía, aún las cosas más fundamentales en la vida y las más sagradas. Eso sucede con el agua, cuando el Estado entrega al negocio de los privados la distribución del agua. Así, el acceso al agua ya no es considerado un derecho humano inalienable, sino una necesidad humana que para ser satisfecha tiene que pasar por las leyes del mercado. Esto significa que sólo tiene derecho de acceso al agua potable quien puede pagar. El problema se complica aún más cuando quienes pagan no reciben el servicio que contrataron. Ese es el problema actual en Osorno, pero que pone de manifiesto un problema mucho más de fondo de una sociedad mercantilista hasta en los bienes más básicos de la vida humana, llegando así a provocar una crisis humanitaria como la que están viviendo en Osorno.

El agua es un bien cada vez más escaso y que cada vez se cotiza más y se transforma en objeto de codicia en todos lados. El agua, controlada y comercializada por privados ya no es un bien común, sino un buen negocio. Conocemos bien lo que ha sido la lucha de nuestros vecinos de Aysén ante el proyecto llamado "Hidroaysén", en que el agua se transformaba en una mercancía para que algunos puedan ganar mucho dinero. Y...¿qué pasaría si se privatizara el aire?, ¿qué pasaría si se privatizara la luz solar?, ¿qué pasaría si se privatizaran los vientos? No crea usted que son preguntas absurdas, basta que se desarrolle la tecnología para almacenar y distribuir esas energías y comenzará la codiciosa carrera por su posesión y mercantilización.

El control del agua potable es un arma poderosa, y quien tenga su control tendrá poder de vida o muerte sobre millones de personas, tal es el poder de las "hidromafias". Desde hace

algunos años distintos analistas han señalado que “si las guerras del siglo XX fueron por el petróleo, las del siglo XXI serán por el agua potable”. Entonces, cualquier ciudadano como usted o yo, o como los habitantes de Aysén o de Osorno se pregunta ¿qué se puede hacer?

Aunque parezca que es poco lo que se puede hacer, hay que crear conciencia y denunciar sin descanso el absurdo que es la privatización del agua potable, pues cuando es transformada en mercancía se pierde cualquier sentido ético, ecológico o espiritual vinculado a ella. También, la defensa del agua es la defensa de toda la vida sobre la tierra - la Casa Común-, pues el agua es la matriz originaria de la vida y -al igual que la vida- nunca puede ser convertida en mercancía. Se trata de un asunto de conciencia, de ser conscientes y de ayudar a tomar conciencia, de denunciar y rechazar el hecho de que el agua esté privatizada.

Probablemente, a algunos, les parecerá que esto es un planteamiento innecesario y ridículo, carente de realismo e imposible de realizar. Bueno, les sugiero que hagan la prueba de vivir ocho días sin agua -como los habitantes de Osorno-, y luego seguimos conversando de las consecuencias de que un derecho humano inalienable -como es el agua- sea una mercancía en manos de privados.

Como siempre, los poetas avizoran las cosas en su profundidad y las ofrecen como una sabiduría en sus metáforas. Pablo Neruda, en su “Oda al aire” vislumbraba el drama de los bienes comunes cuando son privatizados: “No, aire/ no te vendas/ que no te canalicen,/ que no entuben,/ que no te encajen/ ni te compriman,/ que no te hagan tabletas,/ que no te metan en una botella,/ ¡cuidado!”.

El agua es un don que Dios, el Creador, ofreció para la vida en la Casa Común y para la vida cada uno de nosotros; tanto que el 70% de nuestro cuerpo está compuesto de agua. El agua es uno de los signos más claros de la presencia de Dios en la Casa Común, un signo del carácter sagrado de la vida, y de Su presencia en cada uno de nosotros, y -especialmente ahora- en los habitantes de Osorno.

* Sacerdote de Punta Arenas.